

Artículos clásicos

INTRODUCCION

En el artículo, que a continuación reproducimos, Gumersindo de Azcárate nos habla de Costa; de un Costa ya desaparecido y de unas exigencias que, planteadas decenios antes, permanecen tan radicalmente insatisfechas como en vida del aragonés. Azcárate, que destacaba con fuerza la importancia de las instancias intermedias en la vida de la sociedad—de la cual el Estado era un organismo más—, nos plantea la supervivencia de Costa cuando la sociedad española, satisfechas las reformas pendientes, camine en sentido europeo. Pero quien nos habla es, precisamente, el ausente. Y nos habla de un incremento cuantitativo de las escuelas y los maestros; de una formación adecuada, renovada, de estos últimos y, lo que es más importante, de una extensión de la cultura a las clases sociales ausentes de la misma: las de la blusa y calzón corto. Todo ello con la visión de que la educación es llave importante en la regeneración de una sociedad atrasada.

Costa es uno de los autores más reclamados por muy diversas corrientes de nuestro pensamiento político. De su «Doble llave al sepulcro del Cid», de su europeísmo frente al africanismo o de su petición de «un cirujano de hierro», han brotado armas de distinta concepción. Cumplidora de muchas peticiones costistas se va a autoconsiderar la dictadura de Primo de Rivera y al costismo acudirán los que intenten reformar el campo en sentido colectivista, de ese colectivismo agrario que cuenta con larga tradición desde Vives a Flórez Estrada, estudiado por el propio Costa. Y ello, por la inevitable ambigüedad que caracteriza al regeneracionismo español, inevitable porque las protestas y las propuestas de reformas técnicas no se condensaban en un programa político concreto y coherente, que, en cuanto alternativa a la Restauración, no se daba sino fuera de la misma. De ahí que Costa haya sido considerado como «arbitrista», «jacobinista agrario» o «prefascista *avant-la-lettre*», sin ser con ello exhaustivos. No hay que olvidar que muchos «termidorianos» surgieron de las filas mismas del jacobinismo y que fue entre los antiguos jacobinos donde Bonaparte, primero cónsul y emperador más tarde de los franceses, encontró sus más fieles servidores. Por otra parte, si algo no es un programa político es el «arbitrismo», que, en el caso regeneracionista, sería un grito de protesta más o menos desesperado ante una situación desesperante.

Situación desesperante, dramática, la descrita en materia educativa por Luzuriaga en documentadísimos artículos sobre el analfabetismo en España publicados el mismo año de 1920 en el BILE. Un país que en 1910 cuenta con

el 50,2 por 100 de su población en estado analfabeto, con un 60 por 100 en los ámbitos rurales y un 48 por 100 en los urbanos, con una irrisoria disminución del 16,17 por 100 en los cincuenta años anteriores. Las voces que en la prensa, en los mítines y en los órganos de representación se levantan en demanda de una imprescindible curación de los «males de la Patria» no van a encontrar debido eco en las estructuras políticas, perdidas las más de las veces en el círculo de aquellos que ya se han dicho y escuchado las mismas cosas. Será el propio Costa quien escriba: «Basta ya de ser relojes de repetición despertando a sordos. Basta ya de solicitudes. Y basta también de programas. Veinticinco años de pedir son ya demasiado pedir. Y la cuestión no es ya de programa, sino de acción. Nos duelen los labios de haberlos hecho trabajar y las manos de haber holgado tanto.»

Adolfo Posada publica en 1908 en el *Heraldo de Madrid*, con el título «La llave de la Despensa», un artículo en el que analiza el significado de «Despensa» y «Escuela». Para Posada la fórmula de Costa puede reducirse a una sola palabra: la Escuela, «no porque crea que la Despensa no importe; hay que vivir; lo primero y lo... tercero es vivir. No lo pongo en duda. Pero la Despensa es «imposible». No hay modo de abrirla convenientemente sin la Escuela. También yo me lancé a dar una fórmula: la Escuela es la LLAVE de la Despensa».

Pero esa llave, peligrosa llave, estaba extramuros de las estructuras del poder político y extramuros de ellos mismos. Por mucho que repitiesen, los relojes no iban a ser escuchados por los sordos. Ante los cerrojos que impedían la apertura de la puerta, inutilizando la llave, no había otra alternativa que derribarla. Y esto, qué duda cabe, era un programa político.